

## Artículo para la prensa

En el ámbito del debate fundamental en curso en Europa acerca de la reactivación del crecimiento económico y del empleo, el refuerzo de la competitividad de nuestras empresas ha asumido un papel decisivo. De hecho, la industria contribuye a cerca del 80 % de las exportaciones europeas y posee una cuota similar respecto a la capacidad de innovación de nuestro sistema económico. Sin una base industrial sólida, es difícil reactivar el crecimiento y reabsorber nuestras elevadas tasas de desempleo. Lamentablemente, desde 2008 hemos perdido cerca de 3,5 millones de puestos de trabajo en el sector manufacturero y la proporción de esta industria en el PIB de la UE ha descendido al 15,1%. Es prioritario revertir esta caída. Poner de nuevo en marcha el motor del crecimiento significa, por tanto, encontrar la receta justa para que las empresas europeas sean actores dinámicos en los mercados mundiales.

Los informes que se han publicado recientemente sobre la competitividad de los Estados miembros y de la industria europea presentan un cuadro de luces y sombras. Por un lado, tenemos países con sistemas muy competitivos y, por otro, Estados miembros que se han quedado atrás y que luchan contra una presencia cada vez más exigua en los mercados mundiales. Lo mismo puede decirse de distintos sectores productivos en Europa, donde ámbitos muy sólidos como las industrias farmacéutica, química, automovilística, de maquinaria y de productos de alta gama, coexisten con sectores económicos con muchos problemas y unas pequeñas y medianas empresas (pymes) con dificultades crecientes.

Los dos informes pretenden mostrar los puntos fuertes y débiles de la industria de la UE y servir de inspiración para las políticas de competitividad de la UE y de los Estados miembros. Los principales problemas que hemos determinado son la debilidad de la demanda interna, la falta de inversiones, los altos precios de la energía y un contexto administrativo-reglamentario que carga excesivamente a las empresas.

La clave de nuestro repunte económico reside en la recuperación de la demanda interna. Junto con el aumento del consumo, necesitamos, para que crezca la demanda, más inversiones, públicas y privadas, especialmente donde más se ha sufrido la crisis. La recuperación de la inversión pondría en marcha el círculo virtuoso del crecimiento, ya que aumentaría tanto la demanda como la competitividad de todo el sistema económico. En este clima de recuperación de la confianza, también el sector privado tendría mayores incentivos para invertir.

Para que todo esto se haga realidad, es importante garantizar que las empresas tengan un acceso adecuado al crédito. Sin liquidez suficiente para invertir e innovar, las empresas europeas están en riesgo no solo de perder la partida en este desafío global, sino también de fracasar en el mercado interior, frente a unos productos venidos del exterior más económicos e innovadores. El sistema financiero debe estar en posición de canalizar a las empresas la liquidez de la que dispone. Confío en que las actuaciones de la Unión Bancaria, así como la reciente intervención del Banco Central Europeo, den en breve su fruto en este frente. También debemos mejorar la relación entre empresas y bancos, paliando el déficit de información de los bancos respecto a las pymes y viceversa, así como potenciar nuevos canales de financiación alternativos, como las obligaciones emitidas por las

pymes y un recurso más estructurado al capital de riesgo y a la financiación colectiva (*crowdfunding*).

Para impulsar la competitividad, se precisa un contexto administrativo más favorable a las empresas. Es fundamental disminuir los impuestos sobre el trabajo y los factores de la productividad, pero también eliminar el despilfarro y la ineficiencia. Disponer de una administración pública eficiente es decisivo para el crecimiento de las empresas, ya sea en términos económicos como de empleo. Hemos de reducir los plazos de concesión de las licencias para la creación de sociedades, aumentar la eficiencia del sistema judicial y reducir las cargas burocráticas que pesan sobre nuestros empresarios.

Por otra parte, el recibo de la luz es cada vez más caro en Europa, especialmente en comparación con nuestros competidores en el mundo. En la propia Unión Europea, los precios varían considerablemente de un país a otro, reflejando las diferencias en la producción, la carga fiscal y la distribución de subvenciones para las energías renovables. A pesar de un incremento generalizado de la eficiencia energética en muchos sectores industriales, el aumento de los precios de la electricidad y el gas ha influido negativamente en los costes de producción y la competitividad de nuestras empresas, especialmente en los sectores de gran consumo energético.

Por último, cabe reseñar que, a pesar de estos problemas, afortunadamente se vislumbran también señales positivas. Nuestro sistema industrial todavía posee ventajas competitivas en muchos sectores de tecnología alta e intermedia y dispone de una mano de obra más cualificada por término medio que en ninguna otra parte del mundo. Por tanto, debemos insistir en nuestros puntos fuertes y, al mismo tiempo, invertir en la formación de nuestros jóvenes, en la innovación, las infraestructuras y la internacionalización de nuestras empresas. Estas son las recetas para recuperar la competitividad y aumentar nuestra presencia en los mercados mundiales, donde se concentrará gran parte del crecimiento en los próximos años. O dicho de otro modo, esta es la manera de retomar la senda del crecimiento.

Ferdinando Nelli Feroci